

ORACIÓN

Señor y Hermano Jesús:

Tú dijiste que “tu Padre nos enviaría en tu nombre el Espíritu Santo y que Él nos recordaría lo que nos enseñaste y nos lo explicaría todo”.

Tú conoces la pobreza y la aridez de nuestro corazón.

Te pedimos que tu Espíritu nos lo refresque, nos lo ilumine, nos haga entender tu Evangelio.

Nos lleve sobre todo a fiarnos de Ti y de tu Padre, a seguirte en fe confiada y amorosa, y a poner nuestro grano de arena para construir paz y vida en nuestro entorno. AMEN, ASI SEA.

TEXTO

LUCAS 9,37-50

«³⁷ Pero sucedió que, al día siguiente bajando ellos de la montaña, **mucha muchedumbre** vino a **él**.

³⁸ Y he aquí que, de entre **la muchedumbre**, **un hombre** gritó diciendo: “**Maestro**, te pido dirigir tu mirada sobre **mi hijo**, porque es mi único [hijo], ³⁹ y he aquí que **un espíritu** lo coge y de pronto grita y lo sacude en convulsiones con espuma y a duras penas se aleja de él dejándolo destrozado. ⁴⁰ Y he pedido a **tus discípulos** que lo echen, pero **no han podido**”.

⁴¹ Pero, respondiendo, **Jesús** dijo: “¡*Oh generación incrédula y perversa!* ¿Hasta cuándo estaré con vosotros y os soportaré? Trae aquí a **tu hijo**”.

⁴² Pero no llegado aún, **el demonio** lo desgarró y sacudió en convulsiones.

Pero **Jesús** abroncó **al espíritu impuro** y curó **al niño** y se lo devolvió a su padre.

^{43a} Pero **todos** estaban estupefactos de **la majestad de Dios**.

^{43b} Pero, al maravillarse **todos** de lo que hacía, dijo a **sus discípulos**: ⁴⁴ “**Vosotros** poned en **vuestros** oídos estas palabras; porque el **Hijo del hombre** va a **ser entregado** en manos de los hombres”.

⁴⁵ Pero ellos **no comprendían** esa palabra y les estaba velada a ellos, para que no la captasen; y **tenían miedo** de preguntarle sobre esa palabra.

⁴⁶ Pero surgió entre ellos **una discusión** para saber quién sería **el mayor** entre ellos.

⁴⁷ Pero **Jesús**, conociendo **la discusión** del corazón de ellos, cogiendo a **un niño**, lo puso en pie junto a **él**, ⁴⁸ y les dijo: “El que **acoja** a **este niño** en **mi nombre**, me **acoge** a **mí**, y el que **me acoja**, **acoge** al que **me** ha enviado. Porque **el más pequeño** entre **todos vosotros**, ese es **grande**”.

⁴⁹ Pero, respondiendo, **Juan** dijo: “**Jefe**, conocemos a uno que echa **los demonios** en **tu nombre** y **se lo impedíamos**, porque no [te] **sigue** con **nosotros**”.

⁵⁰ Pero le dijo **Jesús**: “No se lo impedáis, porque el que no está contra **vosotros** está a favor **vuestro**”.

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (9,37-43a)

- Esta corta perícopa (9,37-43a) se sitúa entre la manifestación de la gloria de Jesús (9,29-36) y el segundo anuncio de su pasión (9,43b-45). ¿Quién es Jesús? ¿Qué es para los humanos? Estas preguntas dominan el capítulo 9, así como la pregunta que de todo esto se deriva: ¿cómo reaccionan las personas ante él?
- Introducción y exposición (vv. 37-40): La experiencia nocturna del pequeño grupo ha pasado. Es de día, «el día siguiente». Jesús y los tres discípulos han bajado de la montaña. Los espera el pueblo, o mejor dicho, sale a su encuentro. Y entre la gente, el padre de un niño endemoniado. El hombre está gritando. Suplica a Jesús que eche una mirada. «Dirigir los ojos» indica aquí la mirada, llena de piedad y de fuerza, de aquel que puede curar. «Sobre» (repetido como prefijo del verbo y como preposición) indica la dirección: sobre su único hijo. La posesión que padece el muchacho afecta a su padre en su cariño y en su posición social. Su posteridad y su condición actual están en peligro ante la sociedad. Su propio sufrimiento se deriva de que las crisis son imprevisibles, de la tristeza que le embarga por su hijo y de su propia vergüenza.
La descripción de la enfermedad consiste en un corto relato de las crisis repetidas (introducido por «y he aquí»). Estas son provocadas por un espíritu (v. 39), un espíritu impuro (v. 42), que -a diferencia del de Marcos- puede gritar («lanzar un grito ronco», «gritar como un animal»). Lucas señala algunos síntomas que corresponden a una observación rigurosa: la crisis se apodera del enfermo y el espectador se ve impresionado por el carácter repentino del suceso, el grito (o el gemido) y la espuma en la boca. El apaciguamiento progresivo y el agotamiento después de la crisis (v. 39b) corresponden a un examen clínico: en la antigüedad, un lector culto de los relatos sinópticos descubría en ellos el *morbus sacer*, el *mal sagrado* o el *alto mal*, es decir, la *epilepsia*. El mal fue llamado «sagrado» porque se le atribuía a la acción de alguna divinidad, principalmente de la diosa luna, Selene, o a un demonio; en el judaísmo, se le asociaba al pecado.
Solo la palabra del Mesías que cura puede liberar al muchacho. Jesús no pretende dar a conocer el pecado del padre, según una concepción judía de la época que veía en esta enfermedad un castigo divino, sino que piensa solo en el porvenir del poseso. No siente miedo ninguno por la impureza ni esquiva el contacto con el mundo de los demonios.
El v. 40 nos habla de un exorcismo fallido por parte de los discípulos. Lucas está aquí cerca de Marcos, pero le preocupa poco este fracaso. El Señor victorioso sigue ocupando el centro de su relato.
- Parte central y fin (vv. 41-43a): Al comienzo, Jesús habla con palabras que se parecen mucho a una cita. Lucas y Mateo armonizaron estas palabras de reproche con la Escritura: la «generación» vituperada no es solamente «incrédula», «impía» sino además «pervertida». Lleva en ese momento todo el pecado de Israel. El enviado de Dios está ante el pueblo recalcitrante y se pregunta hasta cuándo podrá soportar esa situación. Juicios semejantes sobre «esta generación» se leen en 11,29-32 (el signo de Jonás); 11,49-51 (la sangre de los profetas); 17,25 (anuncio de la pasión); Hch 2,40 (salvarse de esta generación). Tras el segundo anuncio de la pasión, Lucas llamará la atención sobre la incompreensión de los discípulos. La lamentación de 9,41 va ya en esta dirección.
Pasando del plural al singular, Jesús interpela a continuación al padre y le ordena que traiga a su hijo. El texto presupone que el padre está de acuerdo y ejecuta la orden.
En el camino, el demonio siente que le llega el peligro y empieza a agitarse (rasgo típico del género literario). No combate aquí con palabras, sino que desencadena una crisis. Esta crisis es una oportunidad para el narrador: en plena crisis epiléptica es cuando la fuerza del exorcismo del Mesías dará toda su medida. El demonio se venga en el muchacho antes incluso de que llegue junto a Jesús. Lucas describe con dos verbos lo que Marcos se contentaba con sugerir: el demonio «desgarra» o «destroza» al muchacho y lo «sacude con convulsiones».

El verbo *epitimaō* («abroncar», «reprender») es frecuente en los relatos de exorcismo de los sinópticos. Finalmente, el padre recibe a su hijo curado y es como si encontrara un tesoro perdido.

Lucas termina su relato de milagro, según las reglas, con una aclamación final (el asombro). La gente numerosa (Lc 9,37), «todos» (Lc 9,43), admiran la grandeza divina. Tras la acción de Jesús, ven actuar a Dios en su «esplendor», en su «majestad».

SEGUNDA UNIDAD (9,43b-50)

- Después del curioso cambio de ambiente entre la transfiguración (9,28-36) y la desgracia del epiléptico (9,37-43a), la primera parte del evangelio recibe una conclusión más misteriosa todavía (9,43b-50). Bajo la luz esplendorosa del milagro felizmente realizado ante todo el pueblo, Jesús adopta el estilo de la profecía (v. 44b). Comparadas con el éxito apoyado en las obras, estas palabras no encuentran más que incomprensión (v. 45a) y un temor silencioso (v. 45b) por parte de los discípulos. La paradoja de la situación está en que el pueblo aplaude al poder divino, mientras que el anuncio de la pasión deja mudos a los discípulos. E incluso surge una discusión en el círculo de los discípulos (v. 46) sobre quién es al que le toca el primer puesto. Sin que se lo hayan pedido, Jesús, que conoce los corazones, interviene para zanjar la disputa (v. 47a). Como más de una vez en Lucas, aparece la imagen del maestro lleno de sabiduría que, *con un gesto* (v. 47b) que vale por toda una parábola, les enseña algo que es al mismo tiempo la solución de la disputa.

Lucas une a esto el episodio siguiente (el exorcista extraño), que será el último de la primera parte de su evangelio. Jesús da entonces para terminar una doble respuesta: pide primero tolerancia (v. 50a) y luego indica una razón general en forma de proverbio (v. 50b). Después de esta *conclusión de carácter sapiencial*, Lucas podrá inaugurar solemnemente *el relato del viaje a Jerusalén* (9,51ss).

- El enigma del arresto de Jesús: El cara a cara del maestro y de los que quieren seguirle se aviva con el segundo anuncio de la pasión. Comparado con la admiración general (v. 43b), el mutismo de los más próximos ante la profecía (v. 44b) resulta más humillante. No ha sido acogida su exhortación del v. 44a. El consejo o, mejor dicho, la orden de que se aseguren bien de la necesidad de que Jesús sea entregado, es típico de Lucas; Jesús conmina a sus discípulos a escuchar y a comprender (v. 44a). Este medio versículo nos hace captar *la intención global de Lucas*: hacer que se escuche. La vida cristiana es una vida de escucha, no de cualquier cosa, sino de «estas palabras». «Estas palabras» forman parte de la *memoria passionis*. Si Lucas silencia aquí la muerte y la resurrección, es sin duda por la incomprensión de los discípulos que se señalará en el v. 45. En la forma que le da Lucas (v. 44b), la profecía es todavía más enigmática que el primer anuncio (9,22). El misterioso Hijo del hombre será entregado, o deberá ser entregado en manos de los hombres. ¿De qué hombres se trata? ¿Entregado por qué? ¿Para qué sufrimientos?

Lucas insiste adrede en el malestar de los discípulos ante estas palabras. No solamente no comprenden, sino que se les sigue ocultando su significado y, por si esto fuera poco, Lucas añade: «para que no lo entendieran». Tras el alcance indescifrable de estos hechos se ocultan, por un lado, el Dios que predestina («para que») y, por otro, el ser humano en su ceguera ante la historia de la salvación («de forma que»). Si la verdad es tan terrible, se comprende que los que se ven afectados por ella tengan miedo de hacer preguntas. Entre el entusiasmo del comienzo (v. 43b) y la incomprensión del final (v. 45) se sitúa el enigma del Hijo del hombre que va a ser entregado (v. 44).

- La verdadera grandeza (vv. 46-48): «Discusión» es aquí más un «debate» que un «conflicto». Es verdad que Lucas suele dar una connotación negativa a este término y que lo desplaza de los labios al corazón. El contenido de la discusión se resume en «sobre quién podía ser el mayor entre ellos».

El v. 47 informa al lector de dos cosas: el autor declara en primer lugar que Jesús, como Dios mismo, sondea los corazones; luego señala el gesto simbólico de Jesús es dos tiempos: toma a un niño y lo pone a su lado. Este lugar al lado de Jesús expresa una elección y un privilegio, como el hecho mismo de hacerse cristiano (cf. 10,21-22).

Sin la palabra, un gesto simbólico resulta ambiguo. Por eso Jesús ofrece la interpretación al mismo tiempo que el signo. Lo curioso es que la primera frase interpretativa está en contradicción, en cierto modo, con la pregunta sobre la grandeza a la que tendría que responder, ya que esta frase no presenta, según la paradoja esperada, al niño como adulto, como «el grande». Efectivamente, la sentencia del v. 48a no juega con la talla del niño, sino con su receptividad. El lector se encuentra ante un doble giro de la situación: en el interior de la prueba de que el «niño» es el verdaderamente «grande» (v. 48b), cambia el punto de vista: no se trata solamente de aquel a quien el Señor considera «grande», sino también de quién es el que recibe a Dios y a sus enviados. Así pues, la justificación tiene dos lados: está la aceptación del elegido por Dios, simbolizada en la acogida que Jesús reserva al niño (v. 47 y 48b), y está la aceptación por el creyente del Padre («el que me ha enviado»), del Hijo («a mí») y al humilde mortal (v. 48a).

Los vv. 46-48 pueden presentarse de esta manera:

- A) Pregunta (v. 46)
- B) Respuesta no verbal, ambigua (v. 47)
- B') Primera respuesta, indirecta (v. 48a)
- A') Segunda respuesta, directa (v. 48b).

Estos dos aspectos son al mismo tiempo las dos caras de la fe: el privilegio pasivo de la elección y el servicio activo de la diaconía, dos elementos estructurales de la existencia cristiana que volveremos a encontrar en la sentencia de 22,26.

Ser «grande» se realizará más tarde, en los tiempos escatológicos, pero puede vivirse desde ahora.

➤ El exorcista extraño (vv. 49-50): Por su estructura, este pequeño diálogo entre Juan y Jesús se parece mucho a la historia más larga de Eldad y Medad (Nm 11,24-30). Se comprende que sea Juan el que interviene. Lo mismo que Josué al lado de Moisés, el hijo de Zebedeo pertenece al círculo de los íntimos de Jesús. El exorcista extraño ejerce las mismas funciones que las que se confiaron a los discípulos (9,1). Es extraño al grupo reunido en torno a Jesús y al mismo tiempo está dentro de él, en la medida en que conoce la raíz cristológica de la fuerza divina que ejerce («en tu nombre»). Detrás del episodio calcado del modelo de Números, está efectivamente la realidad del pluralismo en el cristianismo primitivo.

La reacción espontánea de Jesús, que corresponde a la de Moisés: «no lo impidáis», resuelve un problema acuciante: el reconocimiento de las obras misioneras en competencia. No hay que sabotear la misión cristiana de otros grupos.

En una situación semejante mantiene su verdad la sentencia sapiencial: «Porque el que no está contra vosotros está en favor vuestro». El esfuerzo misionero (en este caso los exorcismos) tiene que servir a la causa de Cristo y no al prestigio personal. Solamente así es como el otro no está «contra vosotros». Y si no está contra nosotros, entonces está en favor nuestro, esto es, en favor de la misión y de la salvación de los seres humanos. Detrás de este problema confesional hay un hecho de experiencia: el poder del nombre de Jesús, que coincide con la libertad del Espíritu Santo, actúa ciertamente en la institución eclesial, pero no se limita solo a ella.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te comprometes el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?